



Vida entre ser y apariencia

Vivir en obediencia

Hna. Christina Mülling OSF
Traducción: IFC-TOR

I. Fundación Franciscana

En la iglesia inferior de San Francisco, el obediente Francisco es representado con un yugo cuyas cuerdas Dios Padre sostiene en sus manos. A primera vista parece un títere. No es una imagen deseable para un hombre de hoy: ¿el hombre obediente, como una marioneta, sin voluntad en las manos de otro?

1. Encontrar el centro de gravedad



Giotto, obediencia, iglesia inferior, Asís
© www.assisi.de 2011, Stefan Diller

Pero, si se mira más a fondo, esta imagen tiene un significado diferente. En su ensayo sobre marionetas, Kleist se pregunta por qué las marionetas son tan fascinantes para la gente y llega a la conclusión de que es porque sólo tienen un centro. Todas las extremidades están asignadas a este centro de gravedad, sin importar el hilo que se tira o cómo se mueve la figura. Esto es lo que hace que los movimientos de la marioneta sean tan elegantes y fascinantes. Visto de esta manera, llevar una vida en obediencia significa haber encontrado el centro de gravedad y ordenar todos los movimientos del corazón, el hacer y el pensar, hacia el centro de gravedad. En un segundo paso, Kleist se pregunta por qué las personas son a menudo tan poco inspi-

radoras, y llega a la conclusión de que, a menu-

do, viven teniendo dos enfoques principales: la esencia y la apariencia. Este conflicto interno las hace poco confiables y carentes de fascinación. Francisco sigue hoy fascinando a muchas personas. Tal vez esto se debe a que en su vida encontró el centro hacia el cual hizo converger todo su ser: ¡Dios!

Después de todo, Francisco no se entregó a unas manos cualquiera. Puso su vida en las manos de Dios y experimentó a este Dios como aquel que le amaba incondicionalmente, en quien podía confiar ciegamente y que le rodeaba de misericordia. Él quiere pertenecer a este Dios, quiere dejarse guiar por él, en él quiere encontrarse cada vez más profundamente.

2. La obediencia debe ser iluminada

Si miramos esta imagen aún más profundamente, vemos que descodifica incluso más la esencia de la obediencia.



Giotto, obediencia, iglesia inferior, Asís
© www.assisi.de 2011, Stefan Diller

Representa una sala capitular bajo Francisco. En el centro, la obediencia impone sobre Francisco el yugo del cual Jesús dice: „Tomad mi yugo y aprended de mí, porque yo soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga es ligera“ (Mt 11,29-30).

La obediencia está haciendo presente el silencio, con un dedo delante de la boca. Se necesita silencio para oír el suave susurro del Espíritu, para reconocer la voz suave de Dios entre las muchas voces ruidosas.

La sala tiene dos ventanas a través de las cuales la luz cae sobre la obediencia, liberándola de las tinieblas y de la ceguera. Debajo de la ventana del lado izquierdo se representa a Santa Prudencia, la Sabiduría, con un halo cuadrado. Tiene una brújula en sus manos. Delante de ella hay un sextante, instrumento moderno para esa época. La sabiduría orienta en consonancia con el conocimiento del tiempo. Tiene una cara por delante y una por detrás, es decir, es prudente. Una tarea elemental de las personas humanas es agudizar su conciencia y trabajar para que se desarrolle; así la conciencia sigue siendo prudente y no se vuelve ciega.

Debajo de la ventana del lado derecho está la fe, de rodillas. Tiene en la mano una vela encendida e ilumina, a su manera, la obediencia. Hasta Israel supo que la fe viene de la escucha: „Escucha, Israel: Yahveh nuestro Dios es el único Señor“ (Dt 6,4).

La fe viene de la escucha de la Palabra de Dios. La persona obediente quiere pertenecer a Dios. Por lo tanto, es importante escuchar la palabra de Dios y abrirse a ella. Sin embargo, para que la obediencia no se convierta en algo unilateral, se necesitan ambas “luces”. La conciencia debe formarse y desarrollarse para que pueda haber una verdadera orientación. No es difícil no abusar de una conciencia no formada, y una conciencia no formada puede dejarse atrapar por sentimientos de culpabilidad allí donde no la hay. Es por eso que la conciencia necesita formación, apertura al conocimiento teológico y científico de todo tipo.

3. La obediencia para Francisco

En la tercera Admonición, Francisco nos presenta tres formas de obediencia. Se trata de una guía no solo para religiosos y religiosas, sino para todos cuantos desean vivir su vida en una escucha mutua.

Dice el Señor en el Evangelio: El que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser discípulo mío; y: El que quiera salvar su vida, la perderá. Deja todo lo que posee y pierde su cuerpo el hombre que se ofrece a sí mismo todo entero a la obediencia en manos de su prelado.

Y todo lo que hace y dice que él sepa que no es contra la voluntad del prelado, mientras sea bueno lo que hace, es verdadera obediencia.

Y si alguna vez el súbdito ve cosas mejores y más útiles para su alma que aquellas que le ordena el prelado, sacrifique voluntariamente sus cosas a Dios, y aplíquese en cambio a cumplir con obras las cosas que son del prelado. Pues ésta es la obediencia caritativa, porque satisface a Dios y al prójimo.

Pero si el prelado le ordena algo que sea contra su alma, aunque no le obedezca, sin embargo, no lo abandone. Y si a causa de eso sufriera la persecución de algunos, ámelos más por Dios. Pues quien sufre la persecución antes que querer separarse de sus hermanos, verdaderamente permanece en la perfecta obediencia, porque da su vida por sus hermanos.

Admonición 1-9 (FQ 47)

En primer lugar, Francisco habla de verdadera obediencia. Es normal que, en una relación, una familia, una comunidad religiosa, se tengan que hacer y mantener acuerdos. Tan pronto como comparto mi vida con los demás, ya no puedo vivir como si estuviera solo/a. Mis decisiones también deben basarse en el bienestar de los demás y del conjunto.

En segundo lugar, Francisco habla de obediencia amorosa. Esta forma de obediencia implica abandonar mis propias ideas y concepciones en aras del amor y de la paz, incluso si las considero la mejor solución. Si quiero imponer mi solución, pero la paz o el amor sufren por causa de ello, es mejor renunciar a mi solución - si no va en contra de mi conciencia.

Francisco, sin embargo, pone la obediencia perfecta en lo más alto. Representa la seriedad de la obediencia, que rara vez se nos exige en la vida cotidiana. En perfecta obediencia, una persona está comprometida con su conciencia, que debe seguir, incluso si debe enfrentarse a su superior/vecino. Esta forma de obediencia libera a los que obedecen de seguir una orden, pero

no de su relación con los demás y de soportar las consecuencias de la supuesta desobediencia: ¡aun si te persiguen y te golpean, no debes abandonarlos! Esta capacidad y disposición para sufrir es la piedra angular para la autenticidad de esta obediencia.

Además, la obediencia en Francisco es siempre un acontecimiento mutuo al servicio de la fraternidad. Según el Derecho Canónico vigente en esos tiempos, había dos tipos de cristianos: “los que mandan y los que obedecen. Los primeros son clérigos, los últimos son laicos” escribió el docto camaldulense Graciano alrededor de 1140 en su “Decretum”, que sistematizó decisivamente la ley eclesiástica. Francisco deseaba que nadie, ni el clero ni los laicos, ni los “superiores” ni los “subordinados” ejercieran el poder sobre otro de ninguna manera. El amor debe ser el único criterio por el cual se debe medir la obediencia.

Igualmente, ninguno de los hermanos tenga en cuanto a esto potestad o dominio, máxime entre ellos. Pues, como dice el Señor en el Evangelio: Los príncipes de las naciones las dominan, y los que son mayores ejercen el poder en ellas; no será así entre los hermanos. Y todo el que quiera llegar a ser mayor entre ellos, sea su ministro y siervo. Y el que es mayor entre ellos, hágase como el menor. Y ningún hermano haga mal o hable mal al otro; sino, más bien, por la caridad del espíritu, sírvanse y obedézanse voluntariamente los unos a los otros. Y ésta es la verdadera y santa obediencia de nuestro Señor Jesucristo.

Regula non bullata 5,9-15 (FQ 74)

Conclusión:

La obediencia tiene en cuenta las exigencias de la vida cotidiana, el amor y la coexistencia pacífica, en la medida en que no sea una cuestión de conciencia.

La conciencia tiene la más alta prioridad en la obediencia. En el caso de una cuestión seria, la conciencia nos libera de la obediencia a una persona, pero no de nuestra relación con esa persona.



Giotto, Obediencia, Basílica inferior, Asís
© www.assisi.de 2011, Stefan Diller

II. Del conocimiento a la vida

Contemplamos el fresco de Giotto:

- ¿Qué es lo que me atrae o que me molesta?
- ¿Qué es importante para mí con relación a la obediencia?
- ¿Cuáles formas de obediencia me son familiares en mi propia vida? ¿Qué tipo de experiencia tengo con estas formas de obediencia?
- ¿Qué puedo/qué podemos hacer para formar nuestra conciencia?
- ¿En qué siento que debo ser obediente y qué puede ayudarme a serlo?

La escucha como actitud de obediencia

La escucha es una actitud esencial de obediencia.

Hay diversos tipos de escucha. Uno puede simplemente oír, o puede escuchar o ser “todo oído”. La persona que simplemente oye, entiende lo que se dice. Un buen oyente también se da cuenta de cómo se dice algo. Pero solo aquel que es “todo oído” entiende también lo que significa. Si le presto mi oído a alguien, entonces sintonizo con él, estoy a su disposición. Siento que le pertenezco.